

CUATRO PLIEGOS

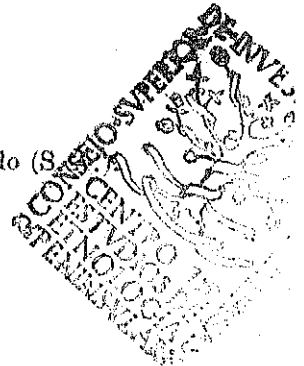


HISTORIA
DE
CARLO-MAGNO
Y DE
LOS DOCE PARES DE FRANCIA

En ella se refieren las grandes proezas y hazañas
de estos muy nobles y esforzados caballeros.

MADRID

Despacho: Librería y Casa Editorial Hernando (S)
Calle del Arenal, núm. 11.



1. 59.902

ES PROPIEDAD

HISTORIA VERDADERA
DE
CARLO-MAGNO
Y DE LOS DOCE PARES DE FRANCIA

PRIMERA PARTE

Se da cuenta del muy sangriento combate que tuvo el valeroso Oliveros con el esforzado Fierabrás de Alejandría.

Suenen cajas y clarines
y sonoros instrumentos,
en acordes consonancias
por los espacios del tiempo,
para dar claras noticias
del caso más estupendo,
la más refida batalla
y los más recios encuentros
que ha habido a espada y lanza,
mano a mano, cuerpo a cuerpo.
Ya es sabido que en Turquís,
en nuestros pasados tiempos,
el almirante Balán,
señor de todos sus reinos,
tenía un disforme hijo,
agigantado en su cuerpo,
que con nueve pies de alto
era una torre de huesos,
y por su grande valor
este nombre le pusieron:
Fierabrás de Alejandría,
el que a nadie tuvo miedo.

Apenas tuvo veinte años,
cuando, osado y soberbio,
su ejército aprestó
e invadió el romano Imperio,
poniéndole sitio a Roma
con muy briosos esfuerzos.
Al fin venció la batalla,
haciendo muchos excesos;
al Papa le aprisionó
y a otros muchos caballeros,
saqueando las iglesias
y destruyendo los templos;
halló las santas reliquias
donde fué el Señor envuelto,
y a su tierra las llevó;
cuando en este mismo tiempo
en esa corte de Francia
había criado el Cielo
un Carlo-Magno, que fué
azote de los protervos;
le dió el Señor doce hombres
para su acompañamiento,

llamados los doce Pares,
de mucho valor y esfuerzo;
y viendo la crueldad
de aquel mulsumán soberbio,
para defender la Fe
a las armas acudieron;
se comenzó la campaña
con tanto valor y esfuerzo,
que pronto los doce Pares
del campo se hicieron dueños
acuchillando turbantes,
cotas y mallas de acero.
Pero viendo el almirante
que iba a perder su reino,
mandó retirar su gente
con precaución y recelo,
y a su hijo Fierabrás
le llamó así, diciendo:
«Bien sabes, hijo animoso,
que estos doce caballeros
que vienen con Carlo-Magno
son hombres de mucho arresto,
me han matado cien mil hombres
y mis mejores guerreros;
por el profeta de Alá
les hago hoy juramento,
que he de tomar la demanda
y me he de vengar de ellos.»
Fierabrás dijo: «Señor,
eso queda de mi empeño;
dadme licencia, iré al campo
donde tiene su real puesto,
y los llamaré a campaña,
por ver si puede mi esfuerzo
uno a uno o dos a dos,
darles fin a todos ellos.»
Se armó presto Fierabrás,
y trajo consigo luego
doce mil hombres de a pie,
dejándolos encubiertos;
con esto se entró en la real
en altas voces, diciendo:
«¿Adónde está Carlo-Magno?

que hoy un solo caballero
viene a pedirle campaña;
envíame aquí a Oliveros
o al valeroso Roldán,
que hoy hasta seis espero,
y les sostendré batalla
hasta que dé fin con ellos.»
Viendo que nadie salía,
determinado y soberbio
se arrimó al pie de un árbol,
donde se sentó al momento;
y sentado como estaba
decía con gritos fieros:
«Carlo-Magno, ¿ya has perdido
tu fama y honor a un tiempo
que antes habías ganado,
pues que a un solo caballero
que está pidiendo campaña
no le dáis el cumplimiento?»
Cuando Carlo-Magno oyó
del turco aquestos ecos,
a Ricarte de Normandía
le preguntó así, diciendo:
«¿Quién es esto hombre audaz
tan desatinado y ciego
que nos está desafiando
a cuantos hay en mi reino?»
Ricarte dijo: «Señor,
ese osado caballero,
es hijo del almirante,
y agigantado en su cuerpo;
el que sometió a Roma,
con notable atrevimiento,
robó las santas reliquias
que por tanto nos dolemos.»
Mandó llamar a Roldán,
estas palabras diciendo:
«Sobrino, hoy es el día,
que a ti te toca el empeño,
de salir a la demanda
de ese enemigo fiero.»
Y Roldán dijo: «Señor,
ni yo ni mis compañeros

no hemos de salir ninguno,
porque bien sabéis por cierto,
cuando la escena pasada
que aquellos recios encuentros,
me dijiste con firmeza:

«Los ancianos caballeros
hoy han ganado la fama,
y a éstos toca primero
el salir a la demanda.»

Así Carlo Magno oyendo
la respuesta de Roldán,
una manopla de hierro
que tenía, le arrojó
con tanto furor e imperio,
le hirió con ella en la cara,
y Roldán al mismo tiempo
metió mano a la espada,
y consiguiera su intento
de echarse sobre su tío,
si los otros caballeros
no se pusieran delante;
mas se contuvo, sintiendo
la mala acción que hizo
faltando así al respeto;
viendo esto Carlo-Magno
se empezó a armar al momento
para ir a la batalla;

pero el buen conde Oliveros
aunque sin curar la herida
que recibió en otro encuentro,
cuando supo la cuestión,
llamó a Guarín, su escudero,
diciendo que le trajese
toda su armadura presto.

Así que se vió armado
saltó de la cama al suelo,
estirándose los brazos
y manejando los miembros
por ver si firmes estaban,
y para más prueba de ello
saltó desde gran altura
con tanto brío y denuedo,
que dejó a todos pasmados;

pero al caer en el suelo
se le abrieron las heridas,
y aunque la sangre vertiendo
mandó traer el caballo;
así que le vió dispuesto,
sin poner mano en la silla,
de un brinco montó ligero;
fué do estaba Carlo-Magno
estas palabras diciendo:

«Muy poderoso señor,
hoy llega este caballero
pidiéndoos por merced
le otorguéis su pedimento.»

Y Carlo-Magno responde:
«Pide, que te lo concedo.»

Entonces dijo: «Señor,
hoy vuestra licencia espero
para ir a la campaña.»

«Eso no te lo concedo,
porque si bueno estuvieras
no me daría recelo.»

Galalón, que está presente,
con sus dañados intentos,
le replicó: «Gran señor,
no es de nobles caballeros
el negar esta demanda,
sino afirmarse en ello.»

Y Carlo-Magno responde
con el rostro algo severo:

«Tú tienes malas entrañas,
pero al fin saldrá Oliveros,
y mira que si feneco
darás satisfacción de ello.»

Le concedió la licencia
y se despidió él ligero;
se salió al campo gustoso
y dando algunos rodeos,
llegó donde el turco estaba
estas palabras diciendo:

«Pagano, puedes alzarte,
mira que yo solo vengo
a mantener en batalla
todo cuanto estás diciendo,

y que no serán tus obras
cónforme tienes tus fueros,
que con la ayuda de Dios,
dentro de muy poco tiempo
te he de llevar maniatado
a mi señor y mi dueño.»

Levantando la cabeza
vió a un hombre tan pequeño
y tan sin pelo de barba,
que traía tanto arresto:

«Vé, y dile a Carlo-Magno
que tengo por menosprecio
de emplear en ti mis armas;
eres muy niño y pequeño.»

Oliveros ofendido,
le respondió así, diciendo:
«Si en levantarte te tardas,
como valiente te hiero.»

Le amenazó con la lanza,
y Fierabrás a este tiempo
se puso en pie vigilante,
estas palabras diciendo:
«Si he de pelear contigo,
dime tu nombre primero,
tu calidad y nobleza,
que si no eres caballero,
aunque te venza en batalla,
poco galardón espero.»

Le replicó luego al punto:
«Dime tu estado primero,
y te diré el mío al instante.»

«Sabrás que por nombre llevo
Fierabrás de Alejandría,
el que a nadie tuvo miedo.»

«Pues yo me llamo Guarín,
y soy nuevo caballero,
la primera vez armado,
y sólo por eso vengo
a ganar honor y fama
con la victoria que espero.»

Fierabrás le dice: «Amigo,
engañado estás en eso,
porque si yo no tuviera

piedad de ti, ya ha tiempo
te hubiera dado muerte
como a un débil cordero.
Vé, y dile a Carlo-Magno
que me envíe aquí a Oliveros,
o al valiente Roldán,
que deseo conocerlos.»

Oliveros dice: «Amigo,
juzgo que me tienes miedo,
según la prosa que gastas
y dejas pasar el tiempo;
yo de ninguna manera
me voy de aqueste puesto
sin que te hagas cristiano,
o te lleve prisionero.»

«Guarín, tú eres porfiado,
y pues no tiene remedio
apercíbete a las armas:
siempre me hallarás dispuesto
Se pusieron los escudos
y se apretaron los yelmos;
alzó Fierabrás la lanza,
y está con ella blandiendo;
se retira uno de otro,
y a la señal que se hicieron
arrancaron los caballos,
y fué tan recio el encuentro
de los dos tremendos golpes
que el uno al otro se dieron,
que se quebraron las lanzas,
y ambos a dos caballeros
sobre el arzón de la silla
quedaron los dos de pechos;
meten mano a las espadas,
y como lobos sangrientos
se embisten segunda vez,
dándose golpes muy recios;
más de dos horas y media
duró el combate fiero.

Cansados de pelear,
mal heridos y sangrientos,
Fierabrás le pidió treguas,
estas palabras diciendo:

«Paremos a descansar,
porque ningún caballero
tanto me duró delante,
ni ha fatigado mi esfuerzo
ninguno en aqueste mundo
sino tú, mas yo no creo
que seas el que me dices,
sino un genio del infierno.
Así, quiero que me aclares,
palabra de juramento,
por aquel Dios que veneras
y aquella que está en el cielo,
que me digas la verdad.»
Y le respondió Oliveros:

«Pagano, ¿quién te enseñó
con tal modo y tanto acierto
a conjurar los cristianos
que no se nieguen a ello?
Sabrás por cierta verdad
que soy el conde Oliveros.»
Fierabrás le dice: «Amigo,
me alegro de conoceros,
y perdona los desaires
que te hice de primero.»
Dejemos en este estado
este tratado primero,
que en otra segunda parte
se dirán otros sucesos.

SEGUNDA PARTE

Prosiqúe el tenaz combate entre el valeroso Oliveros y su contrario el esforzado Fierabrás. — Conversión de Fierabrás al cristianismo.

Ya en la primera parte dije que los caballeros se quedaron en el campo mal heridos y sangrientos, y después de descansar, Fierabrás dijo a Oliveros: «Has de saber, noble Conde, que he estimado el conoceros, y ahora, si tú quisieras, hiciéramos un propuesto: de que olvidaras tu ley, y te vendrías a mi reino, te casarás con mi hermana, dama de virtud y aprecio, Floripes, bella princesa, y mis padres de sus reinos te darán parte de tierras; también yo hiciera lo mismo, y que luego los dos juntos entrásemos a ese Imperio a destronar Carlo-Magno, haciendo siempre el concepto que todo lo conquistado

será para tí, y luego te colocarán por rey de este poderoso reino.» Oliveros dijo: «Amigo, no me platiques en eso; ¿cómo quieres que yo olvide a un Dios tan sabio y bueno, que con su grande poder creó la tierra y el cielo, aves, plantas y animales y todo cuanto hay terréneo, para adorar a tus dioses que son falsos a más serlo, inventados por los hombres? mejor será y más perfecto que tú te vuelvas cristiano, y serás mi compañero para defender la Fe de Cristo, Redentor nuestro.» Fierabrás dijo: «Eso no.» Y se retiró un momento por sacar unos licores, y tomando un sorbo de ellos,

al instante se halló sano;
y esto que vió Oliveros,
a la purísima Virgen
esta súplica la ha hecho:
«Sacra celestial Princesa,
María, Madre del Verbo,
a vuestras divinas plantas
hoy humildemente llevo,
pidiéndote, Madre mía,
me des luz, favor y acierto
para poder convertir
a este turco soberbio.»

Fierabrás le dice: «Amigo,
¿qué oración es la que has hecho?
¿con ella te has de sanar?
hoy por merced te ofrezco
que vengas a mis barriles,
tomarás un sorbo de ellos,
y al instante estarás sano.»

Y le respondió, diciendo:
«No quiero yo nada tuyo,
si no lo gano primero.»
Volvieron a la batalla
como dos leones fieros;
pero Guarín, su criado,
que todo lo estaba viendo,
fué a decir a Carlo-Magno
ruegue a Dios por Oliveros,
que está en grande peligro.

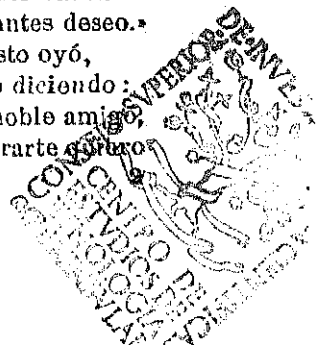
El Emperador con celo,
ante un divino Señor
dijo de rodillas puesto:
«Dulce Jesús de mi vida,
amantísimo Cordero,
consuelo del afligido,
mirad por mi caballero.»

Y estando en esta plegaria,
oyó que una voz del cielo
le decía: «Carlo-Magno,
no tengas temor ni miedo;
porque, aunque sea costoso,
será tuyo el vencimiento.»
Volvamos ahora al campo

donde están los caballeros
con las armas destrozadas,
desbaratados los yelmos,
las viseras quebrantadas,
los escudos por el suelo;
pero en tal disposición
el esforzado Oliveros
le dió a Fierabrás un golpe
sobre el costado izquierdo;
que parte de la armadura
la hizo venir al suelo;
y desde el hombro a la ijada
todo quedó descubierto;
y rebatiendo la espada
cortó la cadena luego
que colgaban los barriles,
y ambos vinieron al suelo;
pero al golpe que pegaron
se desvió el caballo huyendo
por el campo, sin que pueda
el musulmán contenerlo.
Oliveros que esto vió,
recogió pronto y ligero
entrambos a dos barriles,
y tomando un sorbo de ellos
se halló sano de sus llagas,
y con gran valor y esfuerzo;
en el caudaloso río
que estaba junto a ellos,
fué y arrojó los barriles
y en el fondo se hundieron.
Fierabrás cuando lo vió,
lleno de rabia y veneno,
le dice: «Muy noble Conde,
mala acción es la que has hecho,
que presto te han de hacer falta»;
y alzando el brazo soberbio
para ir a descargarle,
le hurtó vigilante el cuerpo,
dió en el arzón de la silla,
y rebatiendo al pescuezo
del caballo, le dió muerte;
con que quedó a pie Oliveros,

diciendo : «Mira, africano,
no es de nobles caballeros
dar muerte a los caballos
estando en campaña puestos.»
Le respondió arrogante :
«Yo de eso culpa no tengo,
pero yo te daré el mío,
aunque en verdad lo siento.
No quiero yo tu caballo,
sino que te apees luego,
y el que venza la batalla,
ese quedará por dueño.»
Se desmontó Fierabrás
y ambos a dos en el suelo
arman tan cruel batalla
que parecía un incendio,
pues las chispas de las armas
querían llegar al cielo;
pero a los primeros lances
el valeroso Oliveros,
va a tirarle un gran golpe
a Fierabrás con esfuerzo;
mas él así que lo vió,
le huyó diestramente el cuerpo,
y sin poder detenerse
dió con la espada en el suelo
y se le fué de la mano;
así que le vió indefenso
le dice el muy noble Conde :
«Contéplate prisionero
o te quitaré la vida.»
Y le respondió ligero :
«Obra como tú quisieres,
que si no me llevas muerto
no es posible el entregarme.»
Y alzando el brazo soberbio
para ir a descargarle,
cuando en este mismo tiempo,
con un pedazo de escudo,
que en la mano cogió presto,
se lo tiró con tal fuerza
e hizo el tiro tan cierto,
que le quebró la visera,
CARLO-MAGNO.

y sobre el ojo izquierdo
le metió toda la punta,
y pegó un grito tan fiero
que el caballo se espantó
y a la parte de Oliveros
vino dando algunas vueltas,
y a él se arrojó ligero;
recobrado luego el moro,
se acercó el Conde diciendo :
«Turco, ya tengo espada,
ahora aquí nos veremos.»
Fierabrás le dice : «Amigo,
mucho en el alma lo siento,
ven y tomarás la tuya,
y dame la mía en premio.»
«Primero quiero templarla,
por ver si es fuerte el acero,
y si no es como la mía
luego después trocaremos.»
Se embisten el uno al otro,
pero a los lances primeros
le dió a Fierabrás un golpe
que le cortó todo el yelmo
y parte de la cabeza,
que andaba como sin tiento;
le asestó otra estocada
por el costado izquierdo,
cayó el musulmán en tierra
estas palabras diciendo :
«¡Oh valeroso cristiano!,
pues sin segundo es tu esfuerzo,
no me acabas de matar,
que desde ahora confieso
que es tu Dios muy poderoso,
infinito y verdadero;
llévame presto, cristiano,
donde están tus compañeros,
y dame el santo bautismo
que por instantes deseo.»
Apenas aquesto oyó,
a él se arrojó diciendo :
«Levántate, noble amigo,
que ahora curarte quiero»



las dos mortales heridas,
que Dios te dará el remedio.»
Y Fierabrás le responde :
«No dilates mucho tiempo,
que tengo doce mil hombres
en ese monte encubiertos.»
Lo atravesó en el caballo
y montó en las ancas luego,
y a pocos pasos que anduvo
reparó y vió que salieron
los que estaban en el monte;
iba delante un guerrero;
para librar su señor
viene más veloz que el viento.
Oliveros dijo : «Amigo,
mucho en el alma lo siento
el no poderte llevar
donde están mis compañeros;
que viene toda tu gente
y nos corre grande riesgo.»
Por la breña se metió,
y en un arbolado espeso
lo dejó bien al abrigo
entre quejas y lamentos;
y volviéndose al camino
vió venir al caballero
bien adelante de todos
determinado y soberbio;
como no tenía lanza
quisó aguardarle en el suelo;
se desmontó del caballo,
el turco siguió su ejemplo,
y al tiempo de ir a darle
pegó un bote Oliveros,
que se metió por debajo
y lo agarró del peseuazo,
y quitándole la lanza
tomó el escudo y el yelmo,
que es lo que falta le hacía,
y por despacharlo presto,
con el pomo de la espada
le pegó un golpe tan recio
que le dio en la cabeza,

que le hizo saltar los sesos;
se montó ligeramente,
llegó la tropa a este tiempo,
se entró por medio de todos
sin el temor de los riesgos;
a unos hiere, a otros mata,
a otros derriba en el suelo,
y como es tanta la gente
me lo cercaron en medio,
dándole algunas heridas,
lo llevaron prisionero.
Fué la nueva a Carlo-Magno,
el cual acudió ligero
con la gente que tenía
a socorrer a Oliveros;
se armó tan cruel batalla,
que los once caballeros
andaban por aquel campo
como lobos carnívoros :
de doce mil enemigos
no dejaron ochocientos;
a este tiempo el Almirante
se presenta con más gente;
pero viendo don Roldán
que les ha entrado refuerzo,
mandó recoger su gente
para unir los caballeros,
pero al tiempo de juntarse
apresaron cinco de ellos,
y se ponen en huida
con esta presa que hicieron.
En esto que Carlo-Magno
mandó recoger sus muertos,
se encontró con Fierabrás
muy mal herido y sangriento;
lleváronlo a Montmionda,
y dentro de poco tiempo
con bebidas y reparos
pronto le restablecieron;
pidió que le bautizasen
con grande fervor y celo;
dieron cuenta al Arzobispo,
y en la iglesia de San Pedro

bautizan a Fierabrás;
donde sus padrinos fueron
el valeroso Roldán
y el buen padre de Oliveros;
siguieron su curación,
y así que se vido bueno,
era azote de Turquía
y castigó de protervos;

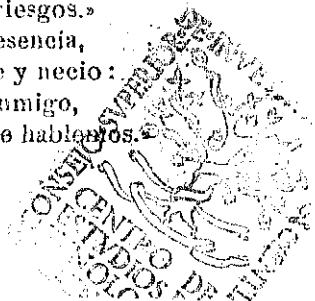
porque en todas las batallas
llevaba por compañero
al caballero Roldán,
mostrando muy bien su esfuerzo.
Ahora en la tercera parte
se dirá lo que sufrieron
los cinco Pares de Francia
que quedaron prisioneros.

TERCERA PARTE

*La princesa Floripes presta su apoyo a los ilustres prisioneros.
Embajadas por una y otra parte para el cange de los prisioneros.*

Muy pronto los presentaron
a los cinco caballeros
delante del Almirante,
que encolerizado y fiero,
sabiendo de que su hijo
era herido y prisionero,
los encerró en una torre
orilla del mar soberbio,
y cada vez que crecía,
hasta la mitad del cuerpo
todos se cubrían de agua;
y el buen conde de Oliveros,
viéndose en tan gran fatiga,
exclamaba lastimero:
«¡Ah, desdichado de mí,
que de ésta suerte me veo!
¡hombre mal afortunado!
Si permitiesen los cielos
que yo saliera de aquí,
desde luego los prometo,
a los que niegan la fe
castigarles con mi acero.»
Y la hermosa Floripes,
que todo lo estaba oyendo,
movida de caridad,
estaba hirviendo en su pecho
de amor a Gay de Borgoña,
desde que vió en los torneos
aquel cuerpo tan bizarro,

tan valiente y tan discreto,
que venció a muchos que había
en la palestra, y con esto
la Princesa se abrasaba
en llamas del Dios flechero,
y por ver si entre ellos iba,
llamó luego al carcelero,
y le dice: «Brutamonte,
dime, ¿qué hombres son éstos?»
Él la responde: «Señora,
estos cinco caballeros,
son Pares de Carlo Magno,
y grandes contrarios nuestros.»
La Princesa le responde:
«Yo pienso bajar a verlos.»
«Por dos cosas no conviene
que consigáis vuestro intento:
porque es lugar hediondo,
y abominable en extremo,
y además que vuestro padre
me los entregó, diciendo:
«Bajo pena de la vida
que nadie hablare con ellos»,
y fiarse de mujeres
suele traer malos riesgos.»
«Quítate de mi presencia,
que eres ignorante y necio:
tú también irás conmigo,
y escucharás lo que hablamos.»



Al fin cedió, y a la noche,
amparados del silencio,
fué la Princesa a la torre
seguida de su escudero,
y entre el vestido llevaba
oculto un palo bien recio;
llegó al sitio señalado,
y al tiempo que el carcelero
fué abrir la primer puerta,
le pegó un golpe tan recio
con el palo que llevaba,
que a sus pies le dejó muerto;
se apoderó de las llaves,
y luego la trampa abriendo
entró do están los cristianos;
gozosos cuando la vieron,
dijo Oliveros: «Señora,
qué grande dicha tenemos
los pobres encarcelados;
pues nos sirve de consuelo
tu inesperada visita.»
Ella respondió, diciendo:
«¿Quién sabe si mi venida
es para daros tormento?»
Dijo Oliveros: «Señora,
en tan generoso pecho
no puede haber maldad,
sino buenos sentimientos;
bendito el que te crió,
tan bellissimo portento.
Si mereciera, señora,
el poder lograr mi intento,
que te volvieras cristiana,
yo te llevara a mi reino,
recibieras el Bautismo,
que es una joya sin precio,
y estuvieras con tu hermano
con gran placer y contento;
y si lograra la dicha
yo y mis cuatro compañeros
de hallarnos bien armados
y con buenos alimentos,
los cinco somos bastantes

para conquistar tu reino
y desterrar de esa tierra
el culto falso y protervo.»
«¿Quién eres tú, que así hablas
determinado y resuelto
metido entre las prisiones,
que amenazas a los sueltos?»
Respondió Oger de Danois:
«Señora, es tanto el deseo
y voluntad de servirlos
de mi amigo, que oyendo
que la muy grande pasión
le hace hablar sin concierto.»
Dijo Floripes: «Bien sabes
defender tu compañero.»
Les preguntó por sus nombres.
— Yo soy el conde Oliveros,
hijo del duque Reiner
y humilde servidor vuestro.
— ¿Cómo venciste a mi hermano
siendo tan buen caballero?
— Con la ayuda de mi Dios,
y la Reina de los cielos,
y esa es la causa, señora,
de hallarme prisionero,
y lo tengo a grande dicha
por haber visto tu cielo.
Floripes se sonrió,
y les dice: «Caballeros,
me habéis de dar la palabra
bajo fe de juramento,
de ampararme y defenderme
y de guardarme el secreto;
sobre lo que soy venida
es por ver si un caballero
que llaman Gay de Borgoña
está en tu acompañamiento,
que habrá tres años cabales
que lo vide en los torneos,
y en las justas con mi primo
hacer valerosos hechos,
y desde entonces quedé
que no duermo ni sosiego

en pensar en su persona,
y si lograra mi intento
que quisiera ser mi esposo,
renunciara de mis reinos
y me volviera cristiana
por tener tan dulce dueño.»

Dijo Oliveros : «Señora,
ese noble caballero
se quedó con Carlo-Magno,
mas no os dé cuidado eso,
porque es muy amigo mío
y mi más cercano dudo,
y hará cuanto yo le mande
y cumpla a vuestros deseos.»

Floripes se despidió :
«Quedaos en paz, caballeros,
que antes que amanezca el día
os sacaré de este encierro.»

Partióse luego a su cuarto,
donde previno al momento
a cinco damas hermosas
que asistan los caballeros,
y todas seis en cuadrilla
hacia la mazmorra fueron;
y una cuerda de diez varas
se la echaron a Oliveros,
y entre las seis lo sacaron;
luego con grande esfuerzo
él sacó a los otros cuatro,
y así que fuera se vieron,
a cada uno los puso

un vestido de turquesto;
los llevó para su sala,
y dijo al conde Oliveros :

«Muy bien os cae el vestido,»
y la respondió muy serio :

«El hábito no hace al monje,
lo mejor fuera y más cierto
el hallarme bien armado,
para poder defendernos.»

Cenaron con apetito,
y la Princesa a esto tiempo
sacó un cofrecillo de oro,

y dió a gustar a Oliveros
un cordial tan suave
el cual que envió al desierto
Dios al pueblo de Israel,
y al instante se halló bueno;
dando mil gracias a Dios
quedaron los caballeros,
y así que amaneció el día
fué la Princesa a Oliveros
diciéndole, que tenía
en otro salón de adentro
grande porción de vestidos,
cotas y mallas de acero,
y muy cortantes espadas
para armarles caballeros,
y cada cual en su cuarto
que se ponga los pertrechos.
Dejemos aquí a Floripes
con los cinco caballeros,
y vamos al Almirante,
que hizo venir al momento
diez reyes, sus tributarios,
para que lleven un pliego
donde estaba Carlo-Magno,
pidiéndole con imperio
que le diese a Fierabrás
por sus cinco caballeros,
y que si no se le envía
les dará la muerte fiero.

A este tiempo Carlo Magno
también tenía dispuesto
que saliese don Roldán
con otros seis compañeros
a llevarle la embajada
al Almirante, diciendo
que si no se le rendía
y daba los caballeros
que tenía allá en la torre,
que le hacía juramento
de quitarle la corona
y destruirle sus reinos.
Salen de una parte y otra
las embajadas a un tiempo

y en la mitad del camino don Roldán vido a lo léjos un escuadrón que venía, y partió a reconocerlos; buen trecho se adelantó, y ellos así que lo vieron salió para recibirlo el que iba delantero; le preguntó que quién era. — Somos siete caballeros, vasallos de Carlo Magno, que pasamos con un pliego al almirante Balán. — No me es posible el creerlos; y así, entrégame las armas y ríndete prisionero, que te prometo la vida. Y le respondió resuelto: «¿Cómo he de entregar las armas? Dirían mis compañeros que no soy para llevarlas.» Y el africano soberbio puso la mano en su lanza, y Roldán, como más diestro, al turco le guardó el golpe, e hizo el suyo tan cierto, que le sacó de la silla y a sus pies le dejó muerto. Los otros luego al instante con furor le acometieron; bizarro se defendía, y cuando sus compañeros llegaron para ayudarle ya tenía siete muertos;

pero el príncipe de Túnez pretendió escaparse huyendo, y Ricarte de Normandía salió para detenerlo, mas se le perdió en el monte, y volvió a sus compañeros; mas viendo que ya tenían sobre unos catorce muertos, desgarratan los caballos y en consulta se pusieron, si irían a Carlo Magno a dar cuenta del suceso. Don Roldán dijo: «Señeres, ¿qué dirán los caballeros, que nos volvemos atrás temerosos de los riesgos?» Llegaron por fin al puento, y el duque Naimés, discreto, engañó al gigante, y dijo cómo iban con un pliego a entregar a Fierabrás por los cinco caballeros. El cual con esta noticia les dió puerta franca luego. Llegaron hasta Aguas Muertas, y el Almirante, entendiendo que vendría la embajada por los cinco caballeros en cambio de Fierabrás, mandó a su Maestro luego que los hospedó en su casa, adonde los dejaremos, porque en la siguiente parte dará de ellos cumplimiento.

CUARTA PARTE

Amores de la princesa mora con Guy de Borgoña. — Manda el Almirante prender a los embajadores. — Insurrección de los prisioneros de la torre.

Aquél príncipe de Túnez, el que se escapó huyendo, llegó, y dijo al Almirante:

«Señor, siete caballeros en la mitad del camino nos salieron al encuentro;

y fueron tan valerosos,
que en muy breves momentos
a catorce dieron muerte;
pero yo escapé huyendo
fiado de mi caballo :
esta es la verdad por cierto,
que si habéis de castigarlos
mirad que no sean dueños
de poder usar de armas,
que si las toman es cierto
que no podrán sujetarlos
todo el poder del Imperio.
El Almirante que oyó
pronunciar aquestos ecos,
clamaba luego a sus dioses
llenándolos de improperios.
Llegó Sortibrán al punto
estas palabras diciendo :
«Muy poderoso señor,
nuestros dioses son muy buenos,
pues han traído a la corte
a los que tan mal te han hecho :
antes que amanezca el día
os los tengo de dar presos.»
Mandó aprontar al instante,
con gran recato y secreto,
tres mil hombres bien armados.
Sortibrán y el Rey se fueron
a la casa del Maestre,
y entre los tres consiguieron
sorprenderlos sin las armas;
entró la tropa a ese tiempo,
y sin poder resistirse
los llevaron prisioneros
adonde está el Almirante;
entró el primer caballero,
le preguntó que quién era,
y le respondió resuelto,
diciendo : «Yo soy Roldán,
uno de los caballeros
vasallos de Carlo-Magno,
que venimos con un pliego
para traerlo a esta corte;

pero los enviados vuestros
en la mitad del camino,
poco corteses y atentos,
intentaron desarmarnos,
y dentro de poco tiempo
dimos muerte hasta catorce,
y el otro se escapó huyendo;
aquí traigo las cabezas
por si no queréis creerlo.
— ¿Qué diablo te envió acá?
— Quien te quitará tu reino
si no te haces cristiano
y entregas los caballeros
y las sagradas reliquias;
porque ha hecho juramento
de quitarte la corona
y destruir tu Imperio.
— No llevarás la respuesta,
que dentro de breve tiempo
has de ser desuartizado
y por los caminos puesto.
Entró el segundo, y le dice :
— ¿Quién es este caballero?
— Soy Ricarte de Normandía.
— Me alegro de conoceros,
que ahora me pagarás
los agravios que me has hecho.
Entró el tercero, y pregunta :
«¿Quién eres tú?» Y muy discreto
dice : «Soy Guy de Borgoña.»
«También tuve gran deseo
de pillarte en mi poder.»
Y Guy respondió al momento :
«Si tuvieras buena sangre
o fueras buen caballero
y te preciaras de noble,
no hicieras estos propuestos
de querer darnos la muerte
oprimidos y sujetos,
sino darnos nuestras armas,
prevenir todo tu reino,
y si acaso nos matasen
caro os costaría el duelo.»

Floripes que está escuchando de su querido los ecos, pronta se bajó a la torre, y dice: Conde Oliveros, ya ha llegado la ocasión de que mostréis vuestro esfuerzo y me paguéis las finezas que a vos y los compañeros he hecho en aquesta torre; que están siete caballeros, entre ellos Guy de Borgoña, dentro del palacio puestos en presencia de mi padre, que, encolerizado y ciego, los ha sentenciado a muerte, y también a vos con ellos; yo pienso ir a palacio a ver si puedo traerlos; y si acaso no pudiese, lo que yo os suplico y ruego es que seáis diligentes en salir al desempeño.» Fué Floripes al instante con gran cuidado y anhelo, a su padre le pregunta: «¿Quién son esos caballeros? — Vasallos de Carlo-Magno, los que tengo gran deseo antes que concluya el día darles castigos muy fieros. Floripes dijo: «Señor, no conviene que tan presto ejecutéis el castigo, sin darle vado al tiempo; permitidme que los lleve adonde los otros tengo.» Le concedió la licencia, y Sortibrás a este tiempo le dice: «Noble señor, gno habéis leído ejemplos en las historias pasadas, y podéis saber por cierto que el fiarse de mujeros

suele traer grandes riesgos?» Floripes muy enojada entre sí exclamó diciendo: «Villano, lo pagarás; hoy por mi fe te prometo que te has de acordar de mí»; y llevándose los presos donde los otros estaban con grandísimo contento, mandó al punto que se armasen por si ocurriese algún riesgo; se sentaron a la mesa y todos juntos comieron, poniendo por cabecera al valeroso Oliveros junto a la hermosa Floripes, y luego al lado derecho el noble Guy de Borgoña, a quien le dijo Oliveros: «Sabed, noble amigo, que a vos solo os debemos el que nos halléis con vida; y el veros libre del riesgo en que os habíais metido; daréis agradecimientos a la princesa Floripes, que es nuestro amparo y remedio; está tan apasionada de vos, señor, y con esto quiere volverse cristiana para que seáis su dueño; y yo la he dado palabra; con que es preciso hacerlo.» Guy de Borgoña responde, diciendo: «Si no es más de eso, desde el instante que vi la hermosura de su cielo, quedé rendido a sus plantas y el corazón tan sujeto, que mil vidas que tuviera todas las pusiera a riesgo por defender su persona y sacarla de este reino.»

Floripes avergonzada,
sacó de su hermoso dedo
un anillo de esmeraldas
y se lo dió, así diciendo:
«Sea esta prenda testigo
ahora y en todo tiempo.»
Se dieron palabra y mano,
con todo formal empeño.
Llegó a este tiempo a palacio
un famoso caballero
sobrino del Almirante,
y preguntando por ellos,
su tío le respondió:
«Entre cadenas y hierros
los tiene mi hija Floripes;
si queréis hablar con ellos
bajaos presto a la torre»,
y lo ejecutó al momento;
halló la puerta cerrada,
y dió un empujón tan recio,
que quebró la cerradura
y el pestillo saltó luego;
abrió la puerta y entró,
y viendo a los caballeros
que estaban todos armados,
dice temblando de miedo:
«No quisiera haber venido
por no hallarme en tanto riesgo»;
se levantó el duque Naimés,
que es el más anciano de ellos;
y él procuró retirarse,
pero el Duque en este tiempo
le pegó con gran valor
un porrao tan certero
encima de la cabeza
que le hizo saltar los sesos.
Floripes cuando lo vido
tuvo gran placer en ello,
y le dice: «Señor Duque,
no ha sido el golpe de viejo,
sino de joven bizarro.»
Y él la respondió risueño:
«Pues otros veréis mayores

CARLO-MAGNO.

si Dios me da buen acierto.»
Floripes dijo: «Señores,
os dejo por un momento,
que mi padre está aguardando,
pues me tengo por muy cierto
que no ha de comer sin mí;
dentro breve rato vuelvo.»
Fué Floripes al palacio,
y dió a su padre el pretexto,
que ella comer no quería,
que se hallaba mal dispuesto
su cuerpo, por la cuestión
de aquel falso caballero.
Preguntó por su sobrino
y le respondió, diciendo:
—Allá abajo quedó hablando
con los otros caballeros.
— Pues llega y dile que venga,
que se va pasando el tiempo.
Se despidió cuidadosa,
fué y dijo a los caballeros
si está todo prevenido
o les falta algún pertrecho,
porque es llegada la hora
de que salgan de su encierro.
Salieron Roldán delante
y el valeroso Oliveros,
Ricarte y Guy de Borgoña,
segúan sus compañeros.
Mató Roldán al Maestro,
y el valeroso Oliveros
dió la muerte al rey Coldé.
Guy de Borgoña a este tiempo,
subiendo a los corredores
mató varios caballeros
y los demás que allí había,
todos se escapan huyendo.
Sólo quedó el Almirante,
que al oír tan grande estruendo
salió en busca de los suyos
y en el campo se reunieron.
Viendo el padre de Floripes
tal desastro, exclama fiero:

¡Maldición contra mi hija,
que en tal estado me ha puesto!
Ya en palacio los Pares
recogen los bastimentos,
llevándolos a la torre,

donde recibidos fueron
de Floripes y las damas,
adonde los dejaremos,
porque en la siguiente parte
se continuará el suceso.

QUINTA PARTE

Sálvase Guy de Borgoña de un grande apuro.

Combate en el puente de Mantible. — Paso por el puente del ejército cristiano

Apenas el Almirante
se vió libre de aquel riesgo,
hizo venir al instante
todas las tropas del reino
para que allí se juntasen,
con intención de dar fuego
a la torre con Floripes
y sus doce compañeros;
mas pasados unos días
hizo el Almirante acuerdo,
de que Floripes tenía
un cinto ceñido al cuerpo,
que dondequiera que fuese
no faltaría alimento;
mandó llamar a Marpín,
que era encantador protervo,
y le dijo si podía
con gran cuidado y secreto,
ir a quitarle a Floripes
el cinto que tiene puesto;
se ofreció, y por la noche
transformado en caballero
llegó al cuarto de Floripes,
y le atisbó el cinto luego
debajo de la almohada,
mas al quitarle los lienzos
con que se hallaba abrigada,
al mirar su hermoso seno
no pudo irse sin tocarla
en el carrillo izquierdo;
despertó despavorida;
Guy de Borgoña a este tiempo

que estaba de centinela,
acudió a los gritos luego,
y apenas llegó a la puerta,
vió a un hombre salir huyendo;
lo coge de la cintura,
y le hizo saltar los sesos
contra el umbral de la puerta,
y a la mar le arrojó luego.
En este tiempo Floripes
ha echado el cinto de menos;
los caballeros cristianos
la consolaban, diciendo
«No os dé cuidado, señora,
que estando Dios de por medio
no os puede faltar nada.»
Pero el Almirante viendo
de que Marpín no venía,
sospechó le habrían muerto.
Cercaron toda la torre,
y los doce caballeros
con mucho brío y coraje
luego al instante salieron;
hicieron tan gran destrozo
que la sangre de los muertos
corría por aquel campo
como cuando está lloviendo
tomaron del enemigo
la provisión, y trajeron
diez acémilas cargadas
de vituallas, y camellos
cargados de pan y vino
más de catorce cogieron.

Llevándolos a la torre,
pero el noble caballero
llamado Guy de Borgoña
se quedó envuelto entre ellos;
y reparando Floripes
que faltaba un caballero,
y el valeroso Roldán
que también lo echó de menos,
volvieron para buscarlo,
mas ya estaba prisionero
en poder del Almirante,
quien mandó luego al momento
que pusieran una horca
a vista del campamento;
ejecutáronlo al punto
con algarazara y estruendo;
sacan a Guy de Borgoña
dándole golpes muy recios,
tirándole muchas piedras
desde el grande hasta el pequeño;
reparó Ricarte y vió
que iba su compañero
llegando al pie de la horca,
y luego le van subiendo;
se partió luego al instante
con dos de sus compañeros,
se llegó hasta la horca,
y con su cortante acero
cortó la soga, y le dió
al que le estaba subiendo
tan gran golpe en la cabeza,
que lo derribó al suelo;
arman a Guy de Borgoña
con armas que allí cogieron,
y así que se vió armado,
eran sus golpes tan ciertos,
que siempre buscando iba
los más peligrosos puestos.
Les ganaron a Aguas-Muertas,
y el Almirante huyendo
se retiró a otra ciudad,
a dos leguas poco menos;
los caballeros cristianos

recogieron los pertrechos,
y volviéndose a la torre
con vivas los recibieron,
y a la princesa Floripes
le entregaron su dueño.
Don Roldán dijo: «Señores,
uno de los caballeros
es menester que se vaya
con gran cuidado y secreto
a dar parte a Carlo-Magno,
que nos envíe refuerzo.»
Ricarte dijo: «Señores,
el ir solo bien me atrevo,
que sé muy bien el camino;
tan sólo al puente le temo,
pero al fin yo daré traza
a ver si pasarlo puedo.»
Se despidió diligente,
y tomó el camino luego;
ya que iba algo distante,
oye que con gritos fieros
del campo del Almirante
pronunciaban estos ecos:
«Aquél, que va a Carlo-Magno
prenderle luego al momento.»
El rey Clarión que estaba
observándolo soberbio,
dice: «Yo sólo he de ir
y lo daré vivo o muerto.»
Lo alcanzó en un breve rato,
y le dice con denuedo:
«Dí, villano, dónde vas;
ríndete aquí prisionero
o te quitaré la vida.»
Ricarte dijo severo:
«A bien que solos estamos,
ahora aquí nos veremos.»
Metieron mano a sus lanzas
dándose recios encuentros;
pero de allí a poco rato
Ricarte logró su intento,
lo derribó de la silla,
y así que lo vió en el suelo

la cabeza le cortó,
dando mil gracias al Cielo;
y viendo que su caballo
era tan hermoso y bueno,
montó en él luego, al instante,
dejándose el suyo suelto,
el cual se volvió a la torre,
y viendo los caballeros
el caballo de Ricarte
tuvieron gran sentimiento,
que juzgaron que el jinete
sería en el campo muerto;
llegó al fin Ricarte al río,
y viéndolo tan soberbio,
se detuvo en su ribera,
devota oración haciendo
a Dios Todopoderoso;
vió venir un blanco ciervo
de la otra parte del río,
y asió al caballo del diestro
poniéndole al otro lado;
¡oh, qué admirable misterio!
Salió corriendo el gigante
por ver si puede prenderlo,
mas Ricarte en su caballo
iba más veloz que el viento;
se presentó a Carlo-Magno,
quien regocijado al verlo,
preguntó por sus varones,
y le contestó resuelto,
quedaban dentro una torre,
muy escasos de alimentos,
y la princesa Fioripes
también estaba con ellos,
porque quiere ser cristiana;
se dispuso que al momento
se preparasen las tropas
para ir a socorrerlos.
Pero Ricarte advirtió
lo difícil del empeño,
que era pasar el puente,
si no se arbitra un medio;
y dijo: «Dadme licencia,

con cincuenta caballeros,
que cubriendo nuestras armas,
como que vamos al reino
a llevar mercaderías,
conseguir así podremos
que el gigante ceda el paso,
y después que estemos dentro
meter mano a nuestras armas
y soltar las capas diestros.»
Lo hicieron como lo dijo,
y aquella noche salieron
más de treinta mil infantes
y cerca seis mil lanceros;
cosa de un cuarto de legua
del puente se escondieron,
y unos cincuenta marcharon
hasta el mismo puente, y luego
salió el gigante, y les dice
quién son; y respondió:
«Somos unos mercaderes
que pasamos para el reino
del almirante Balán;
y el tributo le traemos
que se paga en este puente.»
Dijo el gigante: «Es entero;
por cada uno un marco de oro
me habéis de dar, y con esto
pasaréis por este puente
sin que os venga ningún riesgo.»
Respondió el duque Reiner:
«Abre, te entregará de ello.»
Abrió el gigante la puerta,
y Ricarte muy resuelto,
avanzó con sus parciales,
soltando las capas diestros,
desenvainan las espadas,
y el gigante muy soberbio,
viendo que le han engañado
alzó una porra de hierro
para matar sus contrarios,
pero Ricarte muy diestro,
con una recia estocada
le hizo medir el suelo.

Carlo-Magno que ya estaba prevenido, acudió presto; ganaron por fin el puente, y al gigante muerte dieron. Carlo-Magno y Fierabrás ven otro gigante puesto, que llamaban Anteón, con una barra de hierro, que en altas voces decía con enfurecidos ecos: «Venga acá ese Carlo-Magno y todos sus compañeros, que tienen el paso franco; vengan, aquí los espero.» Quiso embestir Carlo-Magno y Fierabrás a este tiempo llegó, y dijo: «Gran señor, esto le toca a mi empeño; y se fué hacia el gigante, que alzó la barra ligero, pero diestro Fierabrás le pegó un golpe tan fiero, que le cortó entrambos brazos cayéndoseles al suelo, y con otra cuchillada que le cortó todo el yelmo, la cabeza le hundió aplastándole los sesos. Se apoderaron del campo, tocando el parche a degüello; unos se tiran al río, otros se escapan huyendo a dar cuenta al Almirante. Adonde los dejaremos, que en la otra parte que sigue a mi auditorio prometo, referir del Almirante la vida, fin y sucesos.

SEXTA PARTE

Combate parcial de Carlo-Magno.

Apresamiento y muerte del Almirante.— Regresa Carlo-Magno a Francia

Supuesto que prometí a mi auditorio discreto el proseguir con la historia, escuchadme un rato atentos. Ya dijo que Carlo-Magno invadió el campamento, se apoderó de los tesoros; mas no se apropió de ellos, que los repartió a sus tropas porque cobren más aliento; pero aquella misma noche estando el campo en silencio, la gigante Damiela, por vengar su esposo muerto, salió con una bisarma, llena de rabia y veneno, los sorprendió descuidados, degolló más de doscientos, y por suerte Fierabrás, que una honda de vaquero tomó, y poniendo una piedra le hizo el tiro tan cierto, que el brazo con la bisarma se lo separó del cuerpo; cayó la gigante en tierra, y allí la muerte le dieron, y registrando la cueva, en ella hallaron durmiendo dos niños de cuatro meses, de ocho palmos y medio; los bautizó Carlo-Magno, poniendo al uno Oliveros y al otro puso Roldán, pero luego se murieron. Volvamos al Almirante, que cuando supo de cierto

que habían ganado el puente
y son sus gigantes muertos;
maldice a todos sus dioses;
lleno de rabia y veneno
los hizo dos mil pedazos.
Sortibrán llegó a este tiempo,
diciendo: «Noble señor,
¿qué hacéis?, que eso no es bueno,
pedid perdón de la injuria
a nuestros dioses, que es cierto
los habremos menester
por ver si acaso podemos
aprosar a Carlo-Magno
dándole castigo fiero»;
y a ruego de Sortibrán
les pidió perdón, diciendo:
que adornaría su templo
del oro más fino y terso;
y así el ídolo encantado
que tiene un mágico dentro
de la cabeza, responde
con estos fingidos ecos:
«Yo te perdono, y así
prevén tu gente al momento,
que has de vencer en batalla,
y de todo serás dueño.»
Apenas a questo oyó,
dispuso luego al momento
se apresten tres divisiones;
va el rey Turbante primero,
el segundo Sortibrán,
y el rey Tempestre el tercero.
Carlo-Magno que venía
ya con su acompañamiento,
le suplicó Fierabrás
estas palabras diciendo:
«Muy poderoso señor,
sólo una merced te ruego,
que publiques en tu real,
de que cualquier caballero
que se encuentre con mi padre,
no le dé muerte, que quiera
ver si puedo convertirle.»

Le dice: «Te lo concedo.»
Fué nombrado Galalón,
para ir de mensajero
adonde está el Almirante,
intimándole de nuevo,
si quiere hacerse cristiano
y entregar los caballeros
con las sagradas reliquias;
que se quedará en sus reinos
y se firmarán las paces
bajo el formal convenio.
Y le dijo el Almirante:
«No serás buen caballero
cuando tu señor te envía
con un mensaje tan necio.»
Galalón le respondió:
«Nosotros nunca podemos
negarnos a la obediencia;
y te aseguro por cierto,
si no abjuras tus errores
y te empeñas en ser terco,
tendrás por qué arrepentirte.
En esto un caballero
que está con el Almirante
alzó la mano soberbio
para darle a Galalón;
pero él anduvo ligero,
y le pegó una lanzada
que le hizo caer muerto
a los pies del Almirante,
y luego se escapó huyendo;
fué donde está Carlo-Magno
contándole este suceso;
mandó tocasen alarma
los timbales e instrumentos;
se presenta el rey Turbante
con su división, soberbio;
se adelanta hacia el real
en altas voces diciendo:
«Salga acá ese Carlo-Magno,
y veremos los dos viejos
cuál se lleva la victoria.»
Y Carlo-Magno a este tiempo

tomó la espada y la lanza,
salió a la palestra luego.
Se embistieron los dos Martes
con tanto valor y esfuerzo,
que cada uno pretendía
llevar el lauro por premio;
pero viendo Carlo-Magno
que no hería al caballero,
como era diestro en la lucha,
soltó la lanza en el suelo,
se cubrió bien con su escudo,
y a él se arrojó ligero;
le cogió por la cintura
y dió con él en el suelo,
cortándole la cabeza;
ambas tropas acudieron;
se armó tan cruel batalla,
que dentro de breve tiempo
dieron muerte a Sortibrán
y al rey Tempestre el tercero.
De coraje el Almirante
viendo sus magnates muertos,
se entró por medio de todos
sin reparar en los riesgos;
acuchilló mucha gente,
mató muchos caballeros,
y el buen padre don Roldán
quiso salir al encuentro,
pero fué su mala suerte,
porque a los lances primeros
se le ha quebrado la espada
por cerca de los brazuelos,
y así que vió el Almirante
que lo tenía indefenso
lo atravesó en su caballo,
y quiso escapar huyendo.
Fierabrás cuando lo vió
salió para detenerlo,
y se le puso delante
quitándole el caballero;
su padre le conoció,
estas palabras diciendo:
«Sois acaso Fierabrás

en los valerosos hechos?»
Dijo que sí, y muy humilde,
empezó a rogarle tierno
que se volviese cristiano
y creyese en Dios inmenso.
El padre le respondió
lleno de rabia y veneno:
«Oh, nunca hubieras nacido,
para no darme tormentos!
Tú vives muy engañado,
y en ti gran venganza espero.
Le rodeé las espaldas,
y Fierabrás a este tiempo,
por no reñir con su padre,
se tiró a otros caballeros.
Los que estaban en la torre
en este tiempo salieron,
acuden a la batalla,
y los pillaron en medio;
en fin, ganaron el campo,
y al Almirante prendieron,
llevándolo a Carlo-Magno,
mandando luego al momento
lo encierren en una sala
con otros seis caballeros
que caiden de su persona
y le den buen tratamiento.
Vino a la noche Floripes
con Fierabrás, y muy tiernos
y humildes le suplicaban
que creyese en Dios eterno,
y el fementino Almirante,
fingiendo arrepentimiento,
dijo quería ser cristiano,
y quedaron muy contentos;
a otro día de mañana
tranquilos y satisfechos,
a la Iglesia lo llevaron
entre muchos caballeros.
Vino el señor Arzobispo,
dándole buenos consejos,
pero en lugar de escucharlo,
levantó el brazo soberbio,

se abalanzó al Arzobispo,
llenándole de improperios;
Fierabrás dijo a su padre
con muy doloridos ecos:
«Dulce padre de mi vida,
deja esos ídolos fieros,
recibe el santo Bautismo
y tendrás parte en el Cielo.»
Respondió muy enojado:
«En balde es causarte, necio,
que mejor quiero morir
que no olvidar los preceptos
de mi profeta Mahoma,
que son muy santos y buenos.»
Pero viendo Carlo-Magno
que se hallaba tan protervo,
mandó luego a los soldados
que al campo lo saquen, fieros,
y allí le diesen la muerte,
pues no tiene otro remedio.
En fin, murió el Almirante,
y publican en el reino
que el que quiera convertirse
acudiese sin recelo.
Más de doscientas mil almas
a nuestra ley se volvieron.
Bautizaron a Floripes,
uniéndose en lazo estrecho
con su fiel Guy de Borgoña,

dando mil gracias al Cielo.
Allí estuvo Carlo-Magno
ocupado con gran celo
en cuidar de sus vasallos;
hizo dos partes del reino:
una le dió a Fierabrás
para que quede por dueño,
la otra a Guy de Borgoña,
y quedaron muy contentos.
Se despidió Carlo-Magno;
pero aquí atienda el discreto,
que no puedo yo explicar
el dolor y sentimiento
que recibió Fierabrás
al dejar su compañero,
que era el noble Roldán,
siendo dos almas y un cuerpo,
y también Guy de Borgoña
de su pariente Oliveros;
con que tiernos se despiden,
y para Francia se fueron.
Dejemos a Carlo-Magno
sosegado ya en su reino,
después de tantas fatigas,
y en otra parte prometo
referir a mis oyentes
los soberanos misterios
que le reveló Santiago
por disposición del Cielo.

SÉPTIMA PARTE

*Aparición del apóstol Santiago. — Conquista de Galicia.
Combate de Roldán con Ferraguz. — Hallazgo del cuerpo de Santiago.*

Ya dije que Carlo-Magno
con sus valientes guerreros
se marcharon para Francia
satisfechos y contentos,
porque habían conquistado
de Aguas-Muertas el reino;
pero estando en su palacio
una noche miró al cielo,
y vió un concierto armonioso

de estrellas y de luceros
que cruzaban desde Italia,
la Gascuña y otros reinos
de Aragón y Cataluña,
y que iban prosiguiendo
hasta el reino de Galicia;
novedad causó en su pecho
y se puso en oración,
alzó los ojos al Cielo

pidiéndole a Dios quisiese
declararle aquel misterio;
reparó junto a la cama
un hombre de gran respeto,
tan gallardo y tan bizarro
que daba contento el verlo,
y le dice a Carlo-Magno :
«Dime, ¿cual es tu deseo?»
Dijo : «Saber lo que encierra
aquel hermoso concierto
de estrellas tan refulgentes
en camino tan derecho.»
«Sabrás que aqúeste camino
te será un guía cierto
para llevarte a Galicia,
adonde hallarás mi cuerpo,
que está en poder de paganos,
y, rescatándolo, te advierto
que has de hacer un santuario;
soy Santiago, y te expreso
que del Zebedeo soy hijo,
y también hermano a un tiempo
de San Juan Evangelista,
apóstoles del Supremo
Señor, que ese camino
te presenta hermoso y bello,
el cuál a ti me envió
porque vayas con acierto
y hagas un templo en mi nombre;
que irán de todos los reinos
a ganar las indulgencias
y devotos jubileos,
en remisión de pecados,
a los que con firme celo,
confesados y contritos
pidan perdón de sus yerros;
y esto tiene de durar
hasta el fin del mundo, es cierto;
que el Señor me ha concedido
todos estos privilegios;
con esto, queda con Dios»,
y desapareció luego.
Carlo-Magno se quedó

CARLO-MAGNO.

regocijado y contento.
Mandó apercibir su gente,
y tomó la marcha luego
para el reino de Galicia,
donde llegó en breve tiempo,
ganando muchos castillos,
villas, ciudades y pueblos;
con grandísimos trabajos
hallaron el santo cuerpo
de nuestro apóstol Santiago,
y luego con firme celo
mandó hiciesen una urna,
hermosísima en extremo,
con muchas piedras preciosas
de grande valor y precio;
hicieron el santuario
los más hábiles maestros,
de muy buena arquitectura;
y después que estuvo hecho,
lo adornó suntuosamente
con muy buenos ornamentos,
cálices de oro y plata,
patenas y candeleros,
albas, casullas y paños
muy riquísimos y buenos;
lo dotó de muchas rentas
y tesoros de gran precio;
y todo finalizado,
puso un arzobispo luego;
canónigos, veinticuatro,
con un arcediano entre ellos,
para que rija y gobierne
ese portentoso templo;
concluida ya la obra,
y todo muy bien dispuesto,
dió la vuelta para Francia;
pero en este mismo tiempo,
el Almirante que estaba
en el lusitano reino,
pesaroso de la muerte
del rey Ayyolante, y viendo
que habían ganado Galicia
y amenazaban sus reinos,

llamó luego a Ferraguz,
que era un gigante soberbio,
el cual tenía de alto
sobre diez palmos y medio,
fuerza de cuarenta hombres
y muy fornido de cuerpo;
le entregó treinta mil hombres,
para que salga con ellos
a dar guerra a Carlo-Magno,
el cual salió al momento;
fué a la ciudad de Bagière,
donde tiene su real puesto,
y le dijo a Carlo-Magno
si quiere hacer un concierto
de que se haga un combate
brazo a brazo y cuerpo a cuerpo.
Y Carlo-Magno que estaba
fiado en sus caballeros,
le envió a Oger de Danois,
que era valiente en extremo;
el gigante que le vió
hacia ál se fué muy fiero,
le cogió con traición
y lo llevó a su real preso,
lo encerró en una torre,
y al campo volvió ligero.
Viendo osto Carlo-Magno,
envió a Reinaldos presto,
hizo lo mismo con él
qué con el otro primero;
fué Contantino de Roma,
y lo agarró con esfuerzo,
lo llevó donde tenía
a los otros compañeros;
pesaroso Carlo-Magno,
le envió dos caballeros
por ver si con ellos puede
lograr algo de su intento;
el gigante que los vió,
a ellos se fué ligero,
y como que nada hacía,
los asió a ambos a un tiempo,
y atados por las espaldas

los llevó a la torre presto.
Viendo esto Carlo-Magno,
quedó admirado y suspenso,
y sabiéndolo Roldán,
muy irritado y soberbio,
fué a pedir a Carlo-Magno,
con grande valor resuelto,
le concediese licencia
para salir al empeño
con el gigante a batalla,
y se la concedió luego;
y armado de todas armas
en su caballo soberbio,
y con una gruesa lanza
salió al campo ligero;
fué donde estaba el gigante,
y así que lo vió, risueño,
fué para él vigilante,
y Roldán con gran esfuerzo
le dijo: «Toma tu lanza
y ven a batalla luego.»
Sin responderle palabra
se fué a Roldán como un trueno,
pero Rodán con la lanza
le dió tan terrible encuentro
que le desvió de sí;
mas el gigante volviendo,
arremetió con Roldán,
cogiéndole por el cuerpo,
y lo sacó de la silla,
llevándose lo ligero
para encerrarlo en la torre
con los otros caballeros;
viéndose Roldán llevar,
estribó con el pie recio
en las ancas del caballo,
y asió con las manos diestro
al gigante Ferraguz,
y entrambos a dos cayeron
en el suelo, y al instante
en pie firme se pusieron;
echan mano a las espadas,
dándose golpes muy recios;

pelean toda la tarde
con mucho valor y esfuerzo,
sin que se reconociese
ventaja en ninguno de ellos;
con esto llegó la noche,
tendiendo su manto negro;
dijo el gigante a Roldán:
Ya es hora que descansemos,
y así que amanezca el día
en este sitio te espero.
Se fueron, y al otro día
a la batalla volvieron;
pelearon fuertemente,
como leones soberbios,
pero el gigante de pronto
le dijo: «Malo me siento,
es preciso suspender»,
y se ha tendido en el suelo.
Roldán tomó un grueso canto
cuanto alzar pudo del suelo
y se lo puso debajo
de la cabeza, y con esto
estuvo con más descanso;
junto a él se sentó luego
mirándole atentamente
lo fornido de su cuerpo,
la brillantez de sus armas
y lo feroz de su gesto.
Volvió en sí en esto, y le dice
Roldán: «He mirado atento,
Ferraguz, tu fortaleza,
y lo recio de tu cuerpo.»
Respondió el gigante, y dijo:
«Has de saber que yo tengo
fuerza de cuarenta hombres,
y ser herido ni muerto
no puede ser, si no es
por el ombligo, esto es cierto.
Tú eres cristiano, y quisiera
me dijeras qué misterio
y qué ley es la que siguen
los cristianos verdaderos.»
Y Roldán le respondió:

«Has de saber por muy cierto,
que es la ley de Jesucristo,
creador de tierra y cielo;
padeció muerte y pasión
por librarnos del infierno.»
Dijo Ferraguz: «Si quieres
que hagamos un concierto,
que la ley del vencedor
sea buena, esto es hecho.»
Y Roldán muy confiado
en Dios, y con firme celo
dijo que sí, y al instante
a la pelea volvieron;
se dieron muy grandes golpes
con mucho valor y esfuerzo;
vió el gigante que Roldán
le iba a dar un golpe recio,
y agachando la cabeza
lo agarró por el cuerpo,
y con grande violencia
lo ha derribado en el suelo.
Roldán, que sacó un puñal,
y con grandísimo esfuerzo
se lo metió por debajo,
le hirió el ombligo, recio;
y cuando se sintió herido
pegó un grito tan soberbio
que estremeció todo el campo
y los suyos acudieron;
también vino Carlo Magno
con todos sus caballeros;
se armó tan cruel batalla
que daba terror el verlo;
mataron a muchos moros,
y vió Roldán a este tiempo
que llevaban al gigante
la flor de los caballeros
a meterlo en la ciudad;
se fué a ellos como un trueno,
y acuchillando la escolta
se llevó al gigante luego;
le preguntó si quería,
con cariñosos afectos,

ser cristiano, porque goce
su alma del bien eterno,
dijo que no; y luego al punto
les mandó a los macheteros
le cortasen la cabeza,
porque sirva de escarmiento.
Se renovó la batalla,
la moruna gente huyendo
se meten en la ciudad,
y los cristianos tras ellos;

les ganaron la ciudad,
rescatan los caballeros
que estaban dentro la torre,
dándole gracias al Cielo
que les dió tantas victorias
contra enemigos tan fieros;
se volvieron para Francia
con muchísimo contento.
Y en la postrera parte
se dirá el fin que tuvieron.

OCTAVA Y ÚLTIMA PARTE

*Horrible traición en Roncesvalles. — Muerte de los doce Pares.
Sentimiento de Carlo-Magno. — Derrota de los moros. — Conclusión.*

Ya dije que Carlo-Magno
y todos sus compañeros
se volvieron para Francia
muy alegres y contentos,
dándole gracias a Dios,
a la Reina de los cielos
y al apóstol Santiago
de haber sacado su cuerpo
de entre poder de paganos,
de haber fabricado el templo,
vencido tantas batallas
y ganado tantos reinos.
A este tiempo el Almirante,
enfurecido, sabiendo
la muerte de Ferraguz,
mandó que acudiesen luego
dos virreyes a palacio;
se presentaron muy presto
Marsilio y Belenguelos;
entregóseles al momento
ciento cincuenta mil hombres,
porque saliesen con ellos
a batir a Carlo-Magno;
partieron luego al momento;
pero el Emperador
informado por muy cierto
que venían los virreyes,

propuso luego al momento
de enviarles embajada,
y para esto, escogiendo
a Galalón entre todos,
por lo sugaz y travieso,
atrevido y esforzado,
convino gustoso en ello,
y le dice Carlo Magno :
« Vos, mi noble caballero,
os habemos elegido
para ir por mensajero
y digáis a esos virreyes
que de mi parte les ruego
que se conviertan cristianos,
siguiendo al Dios verdadero,
el cual creó cielo y tierra
y a nuestros padres primeros
padeció muerte y pasión
por librarnos del infierno,
y que dejen a sus dioses,
que son falsos y perversos. »
Se despidió Galalón
muy contento y satisfecho,
cubierto de todas armas,
y en un caballo ligero
fué donde están los virreyes,
y cortesés lo recibieron.

Les propuso la embajada,
a platicar se pusieron,
y en sus razones conocen
de que es venal caballero,
y que por el interés
y codicia del dinero
haría cualquier traición;
le propusieron su intento;
otorgó luego al instante
de vender sus compañeros,
y de entregar en sus manos
a los nobles caballeros.
Le dieron muchas riquezas
y joyas de grande precio;
dijeron que en Roncesvalles
esperan los caballeros.
¡Oh, hombre facineroso
y de malos pensamientos!
¡qué traición tan alevosa
haces a tus compañeros!
Por la codicia vendió
Judas a su fiel Maestro,
Nuestro Señor Jesucristo,
sólo por treinta dineros.
Lucifer por la codicia
fué arrojado al infierno;
perdió Adán por la codicia
aquel Paraíso ameno;
y por la envidia Cain,
a su hermano mató fiero.
Tú por codicia y envidia
vendiste los caballeros,
mas no quedarás sin pago
por tu maldad, esto es cierto.
Volvió al campo Galalón,
dió su respuesta, diciendo
que los virreyes querían
ser cristianos por muy cierto.
Carlo-Magno se alegró,
y Galalón prosiguiendo
dando fin de su embajada,
dijo quedaba dispuesto
que al campo de Roncesvalles

salieran los caballeros,
y lleven cinco mil hombres
muy lucidos y dispuestos
a recibir los virreyes;
y se percibieron luego
bien armados y equipados
la flor de los caballeros.
Salieron con entusiasmo,
Roldán con aire guerrero,
todos cual más esforzados
se dirigen al encuentro.
¡Oh inocentes desdichados,
que no sabéis el veneno
que el traidor de Galalón
tiene encubierto en su pecho?
Pero quiso Dios premiarles
tantos trabajos y anhelos
como por su santa fe
estos hombres padecieron,
con corona de martirio
que en este día sufrieron.
Llegaron, en fin, al campo
de Roncesvalles, y luego
salieron a recibirlos
veinte mil hombres, completos
bien armados y equipados;
pasaron los caballeros
sin que les dijese nada;
más adelante salieron
otros cuarenta mil hombres,
y los cercaron en medio;
de tan vil estratagema,
ofendidos los guerreros,
como feroces leones,
muy valientes y soberbios,
rápidos se precipitan
esgrimiendo sus aceros;
mas son tantos los contrarios
que cargaron sobre ellos,
que al fin perdieron la vida
los ilustres caballeros.
Sólo Roldán mal herido
cogió a un turco por el cuello,

y espada en mano le dijo :
-Muéstrame luego al momento
al virrey Marsilio, o bien
te he de cortar el pescuezo.»
El turco le respondió
de esta manera, diciendo:
«Mira muy atentamente
por todo este campo extenso,
y el de la visera verde,
caballo bayo, él es, cierto;
y dió a vuestro embajador
muchas joyas y dinero,
sólo porque os enviase
a lo mismo que estáis viendo.
Roldán qué esto escuchó
como un león soberbio,
se entró por medio de todos,
hasta que hubo descubierto
a su contrario, y de un golpe
le partió el hombro derecho
dejándole allí tendido;
pero viendo el caballero
que el aliento le faltaba,
retiróse a un monte, y luego
se tendió al pie de una peña
desmayado y sin aliento
con cuatro heridas mortales,
de esta manera diciendo :
«Señor mío Jesucristo,
Dios y Hombre verdadero,
ten, Señor, misericordia
de aqueste tu caballero,
que por defender tu fe
se ha visto en tantos aprietos;
hoy doy la vida por Ti
solo, en este monte es peso.
Recibe, Señor, mi alma,
que goce de Ti en el cielo
de un eterno descanso,
pues aquí tanto padezco.»
Luego cogió su espada,
de esta manera diciendo :
«¡Oh espada de gran valor,

la mejor que el hombre ha hecho!
¡cuánto tiempo me has servido!
¡a cuántos turcos has muerto!
y con tus cortantes filos
has partido tantos yelmos;
no quisiera te gozara
ninguno, y por eso quiero
en esta piedra quebrarte.»
Se levantó con esfuerzo,
la agarró con las dos manos,
y la dió golpes tan recios
contra la peña hasta que,
cansado, la arrojó al suelo,
sin que la espada se hiciera
mella ni señal de ello;
y viendo que no podía
quebrarla, tocó su cuerno,
el que Carlo-Magno oyó
y también dos caballeros,
que escondidos en el monte
temerosos se metieron;
eran Tierri y Valdómiros,
éste llegó el primero,
que es hermano de Roldán,
y, viéndolo casi muerto,
hizo un gran llanto por él;
dijo Roldán a este tiempo:
«Hermano, la sed me mata»;
buscó agua, y no pudiendo
hallarla, fué a Carlo-Magno
a dar cuenta del suceso;
luego llegó también Tierri,
lo miró Roldán atento,
le dijo: «¿Qué miras, Tierri?
soy Roldán, tu compañero,
el que dió muerte al gigante
tan feroz y tan soberbio,
el que en las recias batallas
cuidó de sus compañeros;
óyeme de confesión,
porque ya me estoy muriendo.»
Confesó generalmente,
y alzó los ojos al cielo,

dijo : «En tus manos, Señor,
commendo spiritum meum;
y así finó el adalid
más esforzado y guerrero.
Dieron parte a Carlo-Magno
de tan infausto suceso,
quien de coraje irritado
venganza clamaba al Cielo.
Fué donde estaba Roldán,
y así que lo vido muerto
cayó desmayado en tierra
con el grande sentimiento;
y de que volvió en sí,
ha exclamado así, diciendo :
«Sobrino del alma mía,
¡con cuánto dolor yo siento
después de tantas hazañas
verte en este sitio muerto!
¿por qué te vas y me dejas?
¡Ah!, ¡desconsolado viejo!
Espada de mi justicia,
pues tu arrogancia y esfuerzo
eran mi firme sostén
contra los turcos soberbios.
Los mártires te reciban,
y tengan por compañero;
goza de la eterna gloria
colocado allá en el cielo,
y tu apreciada memoria
nos servirá de consuelo.»
Mandó que lo levantaran,
y se lo llevaron luego;
siguió dando vuelta al campo
viendo los cristianos muertos,
y a Oliveros lo hallaron
aspado en dos duros leños
puestos en forma de cruz,
y atravesándole el cuerpo
doce dardos penetrantes,
y de la planta al cabello
todo estaba desollado;

lo embalsamaron, y luego
con el de Roldán lo ponen
con muy grande sentimiento,
y a la corte se llevaron
estos respetables restos,
porque sirvan de memoria
en los venideros tiempos.
Conformado Carlo-Magno
y pasado ya el tiempo,
juró exterminar la secta
de los moros, y sabiendo
que está su campo en un prado,
hacia ellos fué siguiendo;
les dió tan oruel batalla,
que en poco tiempo murieron
seis mil moros, y otros tantos
se ahogaron en el Ebro,
por librarse de las manos
de los bravos caballeros.
Carlo-Magno se volvió
triunfante con sus trofeos
al campo de Roncesvalles,
y luego pesquisa haciendo
para saber del traidor,
y averiguando el hecho,
prendieron a Galalón;
mandó Carlo-Magno luego
lo amarren a cuatro potros
muy feroces y soberbios,
y lo dividan en cuartos,
porque sirva de escarmiento;
luego dieron sepultura
a los nobles caballeros
que habían muerto en batalla,
y después tomó el acuerdo
de volverse para Francia,
adonde puso su asiento.
Y ahora Juan José López
pide perdón de sus yerros;
rogando a Dios que nos dé
su gracia, favor y acierto.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS DE CARLO-MAGNO

SACADAS DE UN DOCUMENTO AUTÉNTICO

Era hijo de Pipino, rey de Francia y de Alemania; nació en 742, en Saltzbourg, Alta Baviera; tocáronle por muerte de su padre el Austria y la Neustria, con algunas provincias de la antigua Germania, y después de fallecer su hermano Carlomán fué reconocido por rey de toda la monarquía francesa. Sus primeras hazañas militares tuvieron lugar en las guerras contra los sajones; mientras estaba batiéndose con esta nación imploraba la Italia su socorro. Didier, rey de los lombardos, acababa de apoderarse de nuevo de la ciudad de Ravena contra el papa Adriano. Carlo-Magno volvió a su encuentro, le hizo prisionero y se coronó emperador en Monza. Después de esta conquista renovó Carlo-Magno al Pontífice la donación de aquesta ciudad; y Adriano, por gratitud, le confirmó el patriciado de Roma, con el derecho de disponer acerca de la elección de los Papas y de ratificarla. Había pasado a Italia para defender a Adriano, y pasó luego a España, restableciendo en Zaragoza a Ibanalarabí. Sitió a Pamplona y se apoderó del condado de Barcelona, pero después de estas y otras muchas hazañas en que salió siempre victorioso, fué también derrotado en Roncesvalles por los árabes y por los gascones; en aquella jornada perdió a su sobrino Rolando o Roldán, tan célebre como se manifiesta en la presente historia.

Murió Carlo-Magno en el año de 814, a los 71 años de su edad, el 47 de su reinado, el 14 de su coronación; diéronle sepultura en Aix-la-Chapelle, vestido de penitente con los atributos de soberano.

El nombre de Carlo-Magno resonó en todo el mundo, y fué aplaudido como guerrero y como legislador. Sus hijos fueron sus mejores súbditos, instrumentos de su poder y modelos de obediencia. Defendió las libertades de la Iglesia y las del estado llano contra la opresión de los magnates. Grande en sus designios, expedito en la ejecución, puede decirse que nadie poseyó tan perfectamente el arte de hacer las cosas más importantes con facilidad y las más difíciles con presteza. Recorría sin cesar sus vastos dominios, acudiendo siempre con oportunidad adonde era necesaria su presencia; tan pronto estaba en los Pirineos como en Alemania, y en Alemania como en Italia.

Era muy alto de cuerpo; tenía los ojos grandes y animados, rostro alegre y franco, nariz aguileña. El papa Pascual III le colocó en el número de los santos en 1453, y aún en el día se celebra su festividad en algunas iglesias de Alemania.

FIN

